

La música de Jazz

Por Javier Coma

En 1924 Darius Milhaud publicó en el «Living Age» de Boston un artículo clarividente sobre «The Jazz Band and Negro Music». El año anterior se había inspirado ya en aquel nuevo brote artístico al componer «La Creación del Mundo». Su actitud fue una llamada de atención general. Stravinsky, Ravel, Honegger, Weill, Copland, vertieron su interés en la música aparecida a través de la atmósfera triunfal y optimista de la generación americana de la postguerra. Durante aquella década, compositores, pintores y poetas siguieron caminos sustentados por el significado de la música de jazz. Se advertía

en ella, por un lado, un nuevo modo de expresión, por otro, un contenido humano singular. Algunos lo identificaron con el «Zeit Geist» («el espíritu del tiempo»), para otros simbolizaba lo que los franceses llamaron «La Rage a Vivre». La realidad más importante era, sin embargo, la existencia de esta manifestación artística con signos de pervivencia tales que la colocaban por encima de la época. La denominación «Era del Jazz» llevaba en sí su propia futilidad. Lo decisivo no era la superficial comunicación del jazz con el espíritu de la época o del intelectualismo de avanzada, sino la presencia de

aquél, con una esencia definida, en el mensaje de una pléyade de artistas moldeados en los aspectos más crudos que puede adoptar el existir humano. Hasta el inicio de la década de los treinta, después de veinte años de escucharse en los Estados Unidos la música de jazz, no llegó a erigirse una labor crítica de cierta solidez sobre la esencia del arte nacido en el mundo turbulento y lóbrego de los negros norteamericanos. Desde entonces, se han sucedido los estilos y las personalidades al vaivén del éxito y de la controversia, creando una línea histórica altamente compleja, que, en ocasiones, escasa luz ha aportado a la crítica. Hoy día, con una nutrida bibliografía y discografía, las desviaciones de la misma no pueden tener otra causa que un defecto personal de perspectiva.

Una nueva estética

La tradición ha trazado tres dimensiones a la estructura estética de la música europea: melodía, armonía y ritmo. La música de jazz se aparta totalmente de esta estructura por poseer una dimensión más que la individualiza y cualifica: el «swing». El significado de esta palabra no ha sido aún determinado de modo definitivo. Se refiere al modo de ejecutar típico de los negros y consiste en un impulso rítmico que se impone al metrónomo, trasladando la música de una posición estática a una dinámica en la que el ritmo se balancea frente a la melodía, provocando una atmósfera que Copland, inicialmente, trató de explicar mediante las palabras «contrapunto rítmico». Por ello, cualquier partitura ejecutada con «swing» pasará a ser, durante el momento en que esto suceda, música de jazz, y la paternidad de la nueva obra creada corresponderá al intérprete. Esto explica que la música de jazz no exista en el papel pautado sino tan sólo en el instante concreto de la ejecución; en ella se inicia y en ella muere. Así como las composiciones sinfónicas u operísticas son perpetuadas por la partitura y juzgadas a través de la misma o de su fiel interpretación, el jazz únicamente perdura en el disco.

Además el «swing», en cuanto depende de matizaciones y alteraciones interpretativas, entraña la improvisación, uno y

Pasa a la página siguiente

